El discurso femenino en Camilo José Cela

Sara M. Sanz

Según un estudio norteamericano, de los veintisiete cursos sobre la mujer en la literatura ofrecidos al principio de la década de los setenta en instituciones norteamericanas y reseñados en una publicación de la *Modern Language Association*, todos menos ocho trataban los estereotipos de la mujer en las obras de escritores masculinos.[1] La crítica feminista, que lamenta la falta de personajes femeninos realistas, llama la atención sobre esta proliferación de estereotipos, que tiende a presentar a los personajes femeninos de la literatura norteamericana o bien como seres pasivos, inestables, espirituales, piadosos, o bien como seres irracionales, materialistas, y agresivos. Algunas mujeres críticas achacan estos estereotipos creados por hombres a su innata misoginia que, según dicen, no solamente no disminuye con el correr de este siglo sino que parece que va en aumento.

Dolores Barracano Schmidt sugiere que pueden ser tres las causas de que en un estereotipo en particular, como puede ser el de la mujer sensual, independiente y agresiva, o el de la madre bondadosa y salvadora, aparezca en las obras de varios autores: puede deberse, en primer lugar, a que los autores se hayan inspirado en un modelo común, o, en segundo lugar, a que el personaje pueda ser el producto de los valores actuales de la sociedad. Por último, y quizás sea la teoría más sugerente, el personaje femenino puede satisfacer simbólicamente las necesidades del escritor al mismo tiempo que le defiende, en cierta manera, de una situación de la vida real que le inspira terror. Para Barracano Schmidt, hoy día la situación que inspira miedo al hombre es el desarrollo del feminismo y la amenaza que supone para el dominio masculino tradicional. A consecuencia de esto, hay ciertos escritores, postula, que crean un mundo fantástico en el que las mujeres son seres deshumanizados, como reacción al deterioro en los papeles rígidos del sexo. Estos escritores, muchos de ellos reconocidos de "universales", "realistas", y "agudos observadores de la sociedad", presentan, según Barracano Schmidt, una visión específicamente masculina del mundo y, más aún, una visión masculina amenazada.[2]

La relación de Camilo José Cela con las feministas españolas no ha sido precisamente feliz. En el año 1978 dio una conferencia sobre "El erotismo en frío" en el Palacio de Congresos y Exposiciones de Madrid donde acabó reclamando vaginas de todos los tamaños y edades. No tardó en aparecer una carta en el periódico *Diario 16* de un colectivo feminista donde, si bien reconocían la importancia de

[1] Véase Cheril Register, "American Feminist Literary criticism: A Bibliographicical Introduction", en *Feminist Literary Criticism. Explorations in Theory,* Lexington University of Kentucky Press, 1989, pág.3.

[2] Citado por Cheril Register, op. cit., pág. 5.

BOLETÍN AEPE Nº 38-39. Sara M. SANZ. El discurso femenino en Camilo José Cela

Centro Virtual Cervantes

Cela a la hora de sacar los temas sexuales a la luz, lamentaban su aparente desprecio por la mujer.[3] Habría que separar, sin embargo, al Cela de las entrevistas y conferencias, de los programas y anuncios televisivos, y de los consabidos artículos en *Interviú*, o sea, al Cela que se complace en provocar y escandalizar al público, del Cela escritor.

En su obra, abundan los personajes femeninos, pero ¿también se trata de estereotipos? y si es así, ¿se deben estos estereotipos a alguna de las razones aducidas por Barracano Schmidt? La mujer en la obra de Cela, ¿es un ser deshumanizado, responde a una visión meramente masculina de la realidad? Hay dos tipos de mujer en sus novelas que tienen especial relevancia: la figura de la madre y la de la mujer que se prostituye, por dinero u otras razones.

Varios críticos han señalado la importancia de lo femenino en *La familia de Pascual Duarte*. La madre, Lola, la primera mujer de Pascual, y Rosario, su hermana, forman un trío de mujeres, comparables para algunos con las furias clásicas,[4] que juegan papeles decisivos en el desarrollo de la tragedia. La madre de Pascual parece estar en las antípodas de lo que ha llegado a significar la figura materna para la sociedad occidental imbuida por la tradición cristiana, sobre todo la católica con su culto mariano. Su madre no tiene siquiera nombre, al contrario que su padre a quien se señala con nombre y dos apellidos, por lo cual podría pensarse que Cela quería con esto dar a entender que aquella era en cierto modo una figura genérica.[5]

Es físicamente desagradable, "larga y chupada y no tenía aspecto de buena salud, sino que, por el contrario, tenía la tez cetrina y las mejillas hondas y toda la presencia o de estar tísica o de no andarle muy lejos." [6] A esto, si añadimos las cicatrices de "unas bubas malignas" y "una pelambrera enmarañada y zafia que recogía en un moño", además del hecho de que es "poco amiga del agua" hasta el punto de que no se lava nunca, resulta una figura repugnante. La fealdad física de la madre va pareja con su fealdad interior. Es "desabrida y violenta", borracha, analfabeta, y carente casi por completo de sentimientos maternos. Parece que Cela se ha esforzado por destruir el estereotipo de la típica madre española idealizada y de esta forma escandalizar a sus lectores de la posguerra igual que se deleita escandalizando a las feministas de años más recientes. Es significativo que lo que hace más monstruosa a la madre es la presencia de características típicamente masculinas y toleradas en el hombre, si no aprobadas, por la sociedad española de 1942. Como para destacar estos elementos masculinos de su carácter, Cela nos dice que la madre tenía "un bigotillo cano por las esquinas de los labios".[7]

En esto nos recuerda la figura de doña Rosa de *La colmena* que igualmente lleva bigote y, si se han de creer las malas lenguas, tiene tendencias lesbianas. Sus camareros le tienen miedo ya que mantiene a todos a raya. Amante de los chismes y del fascismo, es una mujer con éxito que ha amasado una gran fortuna. Ninguno de los hombres que pinta Cela en *La colmena* le iguala en carácter. Como la madre de Pascual, es aficionada a la bebida y al lenguaje fuerte, aunque de forma más comedida. En

---

[3] Comentamos esta incidencia con más detalle en, "*Mazurca para dos muertos:* ¿escarceo, cachondeo u otro meneo?", ponencia presentada al congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Barcelona, 1989, de próxima publicación.

[4] La posible influencia de la literatura clásica en *Pascual Duarte* ha sido estudiada por J.S. BERNSTEIN, "Pascual Duarte and Orestes," *Symposium,* XXII (1968), págs. 301-318 y citado por ALFRED RODRIGUEZ y JOHN TIMM en, "El significado de lo femenino en *La familia de Pascual Duarte*", *Revista de Estudios Hipánicos,* The University of Alabama Press, XI (mayo 1977), págs. 251 a 264. Estos autores destacan especialmente el simbolismo de las tres mujeres en *Pascual Duarte* y su semejanza con las Furias, Arpías, Parcas o Gorgonas.

[5] Notado por BERSTEIN y mencionado por RODRIGUEZ Y TIMM, pág. 255.

[6] *La familia de Pascual Duarte*, Barcelona: Destino, 1989, pág. 30.

[7] id loc. cit.

BOLETÍN AEPE Nº 38-39. Sara M. SANZ. El discurso femenino en Camilo José Cela

Centro Virtual Cervantes

una época en que el fumar era prerrogativa de los hombres y no se veía bien que fumaran las mujeres, doña Rosa fuma "tabaco de noventa", aunque, eso sí, "cuando está a solas".[8]

La violencia de Esteban Duarte Diniz, padre de Pascual, que le lleva a pegar soberanas palizas a su mujer, incluso recién parida, y a su hijo, no parece llamar excesivamente la atención, mientras que la de la madre, sí. Su condición de adúltera se señala como un ejemplo más de su monstruosidad en una sociedad que, por otro lado, tradicionalmente ha guiñado siempre el ojo al adulterio del hombre. Las borracheras y la falta de ternura pasarían desapercibidas en un hombre pero en una mujer, por lo menos tal como se le aparece en la fantasía al hombre, son imperdonables y se rompen sus esquemas. Hasta el lenguaje de la madre de Pascual es marcadamente masculino puesto que blasfema con gran frecuencia, característica ésta típica del discurso del hombre pero considerada fuera de lugar en el discurso de la mujer.[9]

Por arrogarse el derecho al discurso masculino, la madre de Pascual se convierte, a los ojos de éste, en un engendro casi tan antinatural como su falta de sentimientos maternos.

Si una de las hipótesis de Barracano Schmidt es que los estereotipos femeninos en la literatura de los hombres obedecen a los valores que se aprecian en la sociedad de su época, parece que Cela ha tomado esos valores uno por uno (el recato en el lenguaje y las costumbres de la mujer, el cuidado abnegado y amoroso de los hijos y del esposo, la sumisión, el afán por la limpieza en el hogar y la persona, la fidelidad), y los ha destruido a propósito con el deseo de crear un ser deshumanizado y monstruoso, cuya muerte violenta a manos de su hijo difícilmente podemos lamentar. En diversas ocasiones Pascual se refiere a las tres mujeres (su madre, su hermana, y su primera esposa Lola) como tres grajos o cuervos, carentes de verdaderos sentimientos humanos que no sabían consolarle después de la muerte de su hijo.[10]

Para Rodríguez y Timm, Cela "pretendía en *La familia de Pascual Duarte*, una calculada subversión de lo idealmente femenino. Y dado lo esencial e indispensablemente positivo que es ese ideal en nuestra cultura (...) puede deducirse, con toda lógica, que el proceder celiano encierra una finalidad trascendente: una proyección pesimista, desesperada respecto al sobrevivir de los valores más importantes de Occidente."[11] No podemos negar el ambiente pesimista de la obra ni el hecho de que indudablemente Cela acusaba el desmoronamiento de la sociedad española y el cambio de valores después de la Guerra Civil. Ahora bien, en cuanto a la subversión del ideal femenino al que se refieren los autores, ambos hombres, por cierto, y que para ellos es algo, "indispensablemente positivo... en nuestra cultura", habría que poner algunos reparos.

Indudablemente, cada lector o lectora, aporta sus propias vivencias y esquemas mentales a la hora de leer una obra y, por lo tanto, re-crea esa obra. El ideal femenino al que se refieren Rodríguez y Timm y que tan importante les parece, es un ideal creado por y existente en la fantasía del hombre y con el que las mujeres en general han intentado cumplir, y con ello han ido fomentando y propagándo-

---

[8] *La colmena*, edición de Raquel ASUN, Madrid: Castalia, 1987, pag. 119.

[9] Hay varios estudios lingüísticos que señalan la blasfemia o tacos como característica claramente masculina del lenguaje. Véase, por ejemplo, Deborah CAMERON, "Why is language a feminist issue?", en *The Feminist Critique of Language*, London: Routledge, 1990, pág. 4. OTTO JESPERSEN, en un artículo, "The Woman", reproducido en la misma colección, señala que la mujer tiende a buscar eufemismos para evitar el uso de tacos (pág. 211). Jespersen escribía en 1922 y algunos de los eufemismos que cita ya no los usan las mujeres, prefiriendo el lenguaje más fuerte del hombre.

[10] "Las mujeres son como los grajos, de ingratas y malignas." pág. 94. "Allí estaban, enlutadas como cuervos, las tres mujeres, calladas como muertos, hurañas, serias como carabineros." pág. 95.

[11] *El significado de lo femenino*, pág. 263.

BOLETÍN AEPE Nº 38-39. Sara M. SANZ. El discurso femenino en Camilo José Cela
Centro Virtual Cervantes

lo. A pesar del discurrir de los años -ellos escribían más de treinta años después de la publicación de *Pascual Duarte*- parece seguir vigente. Al destruir concienzudamente ese ideal, Cela sigue dándonos una visión netamente masculina del mundo precisamente al transmitir el horror que suscita esta mujer que se aparta tan radicalmente de la norma.

No obstante, toda gran obra, y *La familia de Pascual Duarte* lo es, deja en cierta manera de pertenecer a su autor y cobra su propia vida, dando lugar a múltiples interpretaciones que quizás no tuviera en cuenta originalmente el escritor. Están cargadas las tintas tan en contra de la madre de Pascual, que es de suponer que el autor no pensaba que pudiera suscitar a lástima. Sin embargo hay varios elementos que conducen a esto. La mujer, nos dice Kristeva en su ensayo sobre las mujeres chinas, solamente ha tenido influencia en los asuntos históricos y políticos si se ha arrogado aquellos valores que se consideran masculinos, tales como el dominio y el superego. Han podido efectuar cambios sociales o históricos a costa de tomar el papel de superhombres. La mujer, pues, o se convierte en superhombre y, por lo tanto, subversiva, o se tiene que resignar a su marginación.[12] La madre de Pascual, si bien una caricatura de mujer hasta el punto de parecer un monstruo de la naturaleza, no deja de ser un personaje que se rebela de su condición de mujer pobre y maltratada, madre a la fuerza y en contra de su propia inclinación y que busca infructuosamente un escape a través de la bebida y el adulterio. Es realmente subversiva.

Es importante recordar la condición de analfabeta de la madre, hecho que utiliza el padre, hombre a su vez poco instruido, para insultarle, llamándola ignorante, y que, por lo visto, suponía una gran ofensa para ella. El tradicional dominio del hombre sobre la mujer se ha podido llevar a cabo en parte por la denegación, hasta tiempos relativamente recientes, de la educación o dándole a la mujer una educación a todas luces inferior a la del hombre. El resultado ha sido lo que se ha denominado, "el silencio de las mujeres", o sea, la ausencia de su voz en la alta cultura: el lenguaje religioso, legal, retórico, científico. El hecho de que el dominio de la letra escrita puede ser subversivo se reconocía en la prohibición de la lectura a los esclavos en los Estados Unidos pues se temía que si los esclavos supieran leer y escribir podrían organizar una rebelión.[13]

También a un hombre como el padre de Pascual, "violento y autoritario"[14] le convenía que su mujer, tan violenta y autoritaria como él, no tuviera la más mínima educación para así ejercer mejor su autoridad. No es extraño que ella, resentida por este estado de cosas, le provocara diciendo que las cosas que decía leer en voz alta del periódico se las inventaba. Tampoco es de extrañar que ella no quisiera que su hijo Pascual estudiara.[15] De esta manera tenía más posibilidad de seguir dominando al hijo y que no se escapara de su poder. Además, podría albergar la esperanza de que si el hijo se quedara tan analfabeto como ella, no acabaría depreciándola como el marido.

Esta pequeña viñeta que nos da Cela parece no tener demasiada importancia. Deja entrever, sin embargo, el inmenso resentimiento de la madre que es humillada constantemente por el padre y que no tiene más remedio que reconocer su inferioridad aunque intente vengarse llamándole, "desgraciado y peludo, (y) lo tachaba de hambriento y portugués."[16] Esa humillación aguantada malamente durante años encuentra su salida, aunque no por eso se puede justificar, en su aparente desprecio y falta de interés por sus hijos varones, Pascual y su hermano lelo, Mario.

---

[12] Véase Julia KRISTEVA, "About Chinese Women", en *The Kristeva Reader,* ed. de Toril Moi, New York: Columbia University Press, págs. 155 y 156.

[13] Comentado por CHERIL REGISTER, *American Feminist Literary Criticism*, pág. 5.

[14] *Pascual Duarte,* pág. 33.

[15] "Mi madre no quería que fuese a la escuela y siempre que tenía ocasión, y aun a veces sin tenerla, solía decirme que para no salir en la vida de pobre no valía la pena aprender nada." *Pascual Duarte*, pág. 33.

[16] *Pascual Duarte*, pág. 32.

BOLETÍN AEPE Nº 38-39. Sara M. SANZ. El discurso femenino en Camilo José Cela

Centro Virtual Cervantes

Es de suponer que en 1942, cuando apareció la novela, Cela no fuera partidario de que las mujeres se quedaran analfabetas. No obstante, resulta curioso leer lo que dice sobre la educación de su propia madre en su autobiografía, *La cucaña.* Su madre evidentemente, ha tenido una influencia muy grande en su vida. No en balde le dedica el primer tomo de su autobiografía con las palabras: "A mi madre, sin cuya colaboración no hubieran podido escribirse estas páginas".[17] Su madre, tal como la describe, era la antítesis exacta de la madre de Pascual, hasta el punto de que, por lo menos a los ojos de su hijo, parece ser la viva encarnación del ideal femenino.

Si la madre de Pascual es fea y tiene la tez cetrina, la de Cela, "por su pelo de un rubio ceniciento y extraño, y sus ojos de un azul delicado, parece una rusa de las mejores y más gentilmente decadentes familias."[18] Mientras la madre de Pascual es una campesina ruda y analfabeta, la de Cela "tiene un temperamento artístico e incluso literario, con todas sus extraordinarias ventajas y todos sus inmensos inconvenientes."[19] Frente a la dureza y falta de sentimientos maternales de la madre de Pascual, la de Cela resulta una "mujer de gran ternura, de una ternura casi patológica." [20] Únicamente en un punto parecen tener algo en común: su capacidad de ira, ya que la madre de Cela era "también mujer capaz de dejarse arrebatar por la cólera -a lo mejor por un fútil motivo-, por una cólera al borde de lo enfermizo, y entonces el alcance de sus reacciones cae fuera de toda posible previsión." [21]

Lo que escribe sobre la educación de su madre, "una inglesa de verdad", según Cela, y sobre la educación de las españolas en general en esta obra publicada en 1959, o sea cerca de veinte años posterior a *La familia de Pascual Duarte,* nos enseña una faceta del autor que puede resultar sorprendente. Se jacta de que su madre, cuando se casó, no supiera cocinar ni coser, ni ninguna de las típicas faenas domésticas de las que se preciaba cualquier española casada en aquella época y posteriores. No era, en una palabra, "una mujer de su casa" porque había recibido otro tipo de educación más liberal.

Se queja Cela de que las madres españolas se preocupen mucho de que sus hijas aprendan a guisar, coser, y cuidar de la casa desde temprana edad y, sin embargo, después de casarse el marido "se da cuenta de que su mujer tan hacendosa, es sucia, huraña, ruin, despótica, inculta, egoísta. Sus padres, que tan bien quisieron educarla, hicieron de ella una asistenta, pero no una esposa." [22] El no está abogando, sin embargo, por la liberación de la mujer sino simplemente por que se la eduque para que sea una compañera más culta y digna del hombre. Su madre, a pesar de no saber nada de la casa, se hizo con ella y con la crianza de los hijos, "por intuición", según su hijo, dando otra prueba de su calidad de mujer ideal.

"Mi idea", confiesa Cela, "es que la mujer casada debe estudiar para esposa, como su marido, de joven, estudió para médico, para arquitecto o para licenciado en ciencias químicas." [23] A veces resulta francamente deprimente comprobar que hasta los autores más valiosos son, al fin y al cabo, un producto de su tiempo por lo que no nos debe extrañar esta actitud claramente machista. El hombre, según parece, no necesita estudiar para esposo, ya que con estudiar medicina, arquitectura o ciencias químicas, tiene bastante. ¿Está tan lejos esta actitud de la del padre de Pascual que, de forma burda e insolente, denigra a su mujer por ser analfabeta?

La violencia es la tónica general en el hogar de Pascual. El padre no pierde ocasión de zurrarle a su mujer con el cinturón e incluso inmediatamente después del nacimiento de la niña Rosario, le arrea,

---

[17] *La cucaña. Memorias de Camilo José Cela. Libro Primero. La rosa,* Barcelona: Destino, 1959.

[18] *La cucaña,* pág.61.

[19] *La cucaña,* pág. 54.

[20] *La cucaña,* pág. 62.

[21] Ibid.

[22] *La cucaña,* pág. 55.

[23] Ibid.

BOLETÍN AEPE Nº 38-39. Sara M. SANZ. El discurso femenino en Camilo José Cela

Centro Virtual Cervantes

"tan fuertes hebillazos que extrañado estoy de que no la haya molido viva." [24] Ella, a su vez, le pega palizas a Pascual que crece en un ambiente de tal violencia, entre el ejemplo del padre y el de la madre, que parece destinado a repetir la pauta de mayor. La vida de la madre es de continuo sufrimiento aunque no se le da ninguna importancia en la novela. Es especialmente de notar el efecto de sus partos que, según Pascual, "fueron siempre muy duros y dolorosos, era medio machorra y algo seca y el dolor era en ella superior a sus fuerzas." [25]

No encontramos, sin embargo, ningún indicio de compasión, ya que continúa Pascual: "como la pobre nunca fue un modelo de virtudes ni de dignidades y como no sabía sufrir y callar, como yo, lo resolvía todo a gritos." De la pluma de un hombre tenían que salir estas palabras, además del mismo que más de cuarenta años después pone en boca de Pilar Moure, uno de los personajes de *Mazurca para dos muertos*, el comentario sobre el parto de que: "A esto no hay que echarle teatro, las mujeres estamos para esto, para traer hijos al mundo, y la cosa tampoco tiene tanto mérito." [26]

Es una madre bien diferente la que crea Cela en *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, pero no por eso es menos perversa. La novela tiene la particularidad de que Cela adopta la voz de Mrs. Caldwell y escribe el monólogo que sostiene con su hijo muerto, Eliacim, desde la perspectiva de la mujer, empresa realmente arriesgada. Para mayor complejidad, Mrs. Caldwell es una inglesa que nos ha legado sus escritos en español. Del amor incestuoso de Mrs. Caldwell por su hijo se ha escrito mucho y bien [27] por lo que, por limitaciones de espacio, nos ceñiremos a un aspecto en particular, el lingüístico, que nos parece que no se ha analizado todavía con bastante profundidad.

Se han realizado en los últimos años varios estudios sobre el sexismo en el lenguaje y sigue en pie el debate sobre si existe o no un lenguaje verdaderamente femenino y otro masculino. Hemos rozado al pasar este punto al tratar el lenguaje de la madre de Pascual, señalando que la blasfemia y otras expresiones tabúes suelen ser prerrogativa de los hombres, por lo que ella resulta una criatura subversiva que va en contra de las normas aceptadas por la sociedad. El sexismo en el lenguaje, sin embargo, es un tema hartamente complicado y no se reduce en absoluto a la elección del registro o del léxico, aunque éstos sean dos de sus componentes.

Los análisis por ordenador que se han hecho de textos escritos por hombres y mujeres no han arrojado grandes novedades, por lo visto, y no parece haber diferencias significativas entre uno y otro.[28] Lo interesante de la obra de Cela, no obstante, es el hecho de que deliberadamente intenta reproducir la forma de *hablar* de una mujer y en el lenguaje hablado, sí que parece que existen diferencias.

En un libro seminal, *El lenguaje y el lugar de la mujer* (1975), Robin Lakoff argumenta que la sociedad, a través de los padres y amigos en primer lugar, condiciona el habla de los niños y las niñas y que para ser aceptada en la sociedad, la niña tiene que aprender a hablar con cierto estilo.[29] Si habla como un chico, corre el riesgo de que se mofen de ella o que la regañen por no hablar "como una señorita". Entre los aspectos del lenguaje que Lakoff considera especialmente "femeninos", está la discriminación cuidadosa de los colores. Sugiere, por ejemplo, que la persona que dice que la pared es color

---

[24] *Pascual Duarte*, pág. 35.

[25] *Pascual Duarte*, pág. 34.

[26] *Mazurca para dos muertos*, Barcelona: Seix Barral, 1983, pág. 70.

[27] Véanse los estudios de Paul ILIE, *La novelística de Camilo José Cela*, Madrid: Gredos, 1978 (2ª ed.), especialmente las páginas 167 a 208, y DAVID W. FOSTER, *Forms of the Novel in the Work of Camilo José Cela*, Columbia: University of Missour Press, 1967, págs. 82 a 99.

[28] Véase Deborah CAMERON,"Introduction", en The Feminist Critique, págs. 199 y 200.

[29] Esta obra se publicó con el título *Language and Woman's Place*, New York: Harper and Row, 1976. Se incluye un extracto en *The Feminist Critique*, págs. 221 a 235.

BOLETÍN AEPE Nº 38-39. Sara M. SANZ. El discurso femenino en Camilo José Cela

Centro Virtual Cervantes

malva, debe ser forzosamente mujer y no hombre. También, señala los tacos fuertes como indicativos del lenguaje masculino mientras que hay otros menos malsonantes que elegirá normalmente la mujer.

En el léxico igualmente da ejemplos de adjetivos en inglés que suelen ser utilizados casi exclusivamente por las mujeres y que sonarían afeminados en boca de hombre. Intenta probar, y aquí los críticos no siempre están de acuerdo con ella, que hay ciertas estructuras sintácticas y entonacionales que son más propias de las mujeres que de los hombres. Una de las características, según Lakoff, que distingue la forma de hablar de las mujeres de la de los hombres es su empleo de estructuras y léxico que refuercen la impresión de cortesía. Precisamente por un exceso a veces de cortesía las mujeres pueden dar la impresión de no estar seguras de sí mismas porque intentan evitar el conflicto con su locutor. Una faceta de la cortesía, dice Lakoff, es no imponer el punto de vista o las ideas en otro sino dejar abiertas las posibilidades.

Si examinamos el lenguaje de Mrs. Caldwell, hay ciertas características que saltan a la vista y que nos hacen pensar que se trata efectivamente del habla de una mujer. Dice a su hijo, en el primer capítulo, por ejemplo, que sus oídos, "me duelen un horror." [30] ¿Cuántos hombres, nos preguntamos, utilizarían esta expresión? Entre las otras expresiones que utiliza de resonancia femenina se encuentran: "Es un encanto de muchacho" [31], "A todos nos encantó verte levantar cuando con una mano en alto como para decir he aquí, señoras mías, un encantador modelo de primavera, tan chic como sencillo" [32], "Me ilusiona tanto esta idea, hijo, que desde mañana mismo voy aplicarme a la clase de equitación." [33] Cada vez que se refiere a su difunto esposo agrega (q.D.h.) que si bien lo podría decir un hombre, es más corriente en una mujer. Eliacim para ella es siempre, "hijo mío", frase que repite innumerables veces y que es más frecuente en el habla de la madre que en la del padre.

No obstante, la impresión que da el discurso de Mrs. Caldwell de ser no solamente mujer sino mujer mayor, no depende de frases sueltas. La importancia de los colores para las mujeres y su fina distinción que señala Lakoff aparece en Mrs. Caldwell. Uno de lo capítulos toma como título una frase que dice Mrs. Caldwell a su hijo: "Ayúdame a devanar esta madeja de lana de color ciclamen." [34] Como en el caso de la pared color malva de Lakoff, es dificil imaginar a un hombre que precise ese tono. La madre también da importancia a los colores de la ropa, aspecto ése que tradicionalmente interesa más a la mujer que al hombre. Dice, por ejemplo, a Eliacim: "Tú, bebiendo whisky, hacías bastante buen efecto, con tu corbata nueva naranja y azul bien anudada." [35] En otra ocasión, al señalar un color, añade un símil hogareño que pertenece más bien al mundo de la mujer. Recuerda al hijo, por ejemplo, que: "Tú, hijo, estabas amarillo.... como una batata en almíbar o una alianza recién estrenada." [36]

El mundo de Mrs. Caldwell es un mundo cerrado que gira en torno al hijo muerto y al hogar por lo que no es extraño que su discurso se llene de imágenes y referencias a la vida diaria de la casa. "El tren se mete en el túnel," nos cuenta, "como un brazo que entra en la manga de un traje de etiqueta." [37] O "Tomar de postre chirimoyas con kúmel es signo de distinción." [38] Las flores también forman parte

---

[30] *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, Barcelona: Destino, 1979, pág.19.

[31] *Mrs. Caldwell*, pág. 27.

[32] *Mrs. Caldwell*, pág. 32.

[33] *Mrs. Caldwell*, pág. 93.

[34] *Mrs. Caldwell*, pág. 24.

[35] Ibid.

[36] Ibid.

[37] *Mrs. Caldwell*, pág. 46.

[38] *Mrs. Caldwell*, pág. 38.

BOLETÍN AEPE Nº 38-39. Sara M. SANZ. El discurso femenino en Camilo José Cela

Centro Virtual Cervantes

de su mundo y hay numerosas referencias a ellas. Eliacim, para ella, es su, "tierno capullito de rosa silvestre" [39] y en otros momentos hace referencias a orquídeas, azucenas, margaritas y otras flores.

Un detalle que marca automáticamente el discurso de Mrs. Caldwell como femenino es su uso del diminutivo que utiliza con gran frecuencia: "cuando yo era una niña, Eliacim " cuenta a su hijo, "y el abuelito, mi abuelito, decía la herencia de nuestros mayores, se me cortaba siempre la digestión!" [40] El habla de Mrs. Caldwell está poblado de "candelitas", "arbolitos", "zapatitos", "cajitas de música", "florecillas campesinas", "guijarrillos" y "frasquitos", entre otras cosas. [41]

La cortesía, de la que habla Lakoff, es un aspecto llamativo en la forma de hablar de Mrs. Caldwell, mujer de educación refinada. Pide perdón en varias ocasiones ante el hijo muerto y aunque en parte se debe a su remordimiento de conciencia, ya que, una vez muerto y permanentemente alejado de ella, puede reconocer su amor incestuoso por él, también responde a su concepto de la buena educación y la impresión que da de sentirse inferior al hijo. "Perdóname", le dice en una ocasión, "que use números romanos como Müller en su "Historia de la literatura griega". Sé bien que es una falta de educación y que debiera haberlo evitado." [42] O en otra ocasión, "A veces, hijo, tengo unos lapsus imperdonables: Sí, Eliacim, no nos engañemos, yo ya no soy la que fui." [43] Si le solicita algo es con una cortesía que bien podría utilizar con extraños y no con un hijo: "Dímelo, por favor," le dice, "siempre que vayas a la ciudad." [44] La cortesía es algo tan importante para ella que hay todo un capítulo dedicado a ella. "Yo no quisiera ni por un momento, hijo, que echases en olvido las reglas de la cortesía, los usos de la cortesía", le dice a Eliacim.[45]

Al mismo tiempo que Cela se esfuerza por crear un ambiente lingüístico femenino, lo contrasta de vez en cuando con el discurso masculino a través de unos comentarios intercalados de Eliacim. Ya en el primer capítulo el niño Eliacim dice que le va a contar una cosa a su madre "que es como para morirse de risa o como para herniarse, cuando menos." [46] La expresión "para herniarse" suena como expresión propia de chico, sobre todo en contraste con la referencia de la madre a Eliacim en ese momento como, "un querubín tonto." [47] A pesar de su buena educación a manos de su madre, Eliacim suelta alguna vez algún taco. Quiere saber, por ejemplo, "¿Dónde se ha metido la condenada Genoveva?", expresión que no utilizaría su madre. Se ha dicho, con o sin fundamento, que el lenguaje del hombre suele ser más científico que el de la mujer. Así debe parecerle a Mrs. Caldwell, a quien le gusta oírle decir al hijo, "que los pinos ozonizan la atmósfera" [48] y está orgullosa de que Eliacim descubriera, o así le parece, la LIBAR, o la Liga de los Bacilos Ácido-Resistentes." [49]

Mrs. Caldwell, tan cuidadosa de respetar las formas externas de la buena educación, es en realidad tan subversiva, o más, que la madre de Pascual. Esta no guarda ni las formas externas siquiera: blasfema, se emborracha, y sus adulterios son bien conocidos. Mrs. Caldwell, sin embargo, da la impresión a los demás, por su gentileza y buenos modales, que incluye su aceptación de las convenciones lingüísticas, de ser una señora de bien, mientras que en realidad ha engañado a su marido en varias ocasiones -

[39] *Mrs. Caldwell,* pág. 47.
[40] *Mrs. Caldwell,* pág. 81.
[41] *Mrs. Caldwell,* págs. 47, 41, 36, 62, 68,138.
[42] *Mrs. Caldwell*, pág. 24.
[43] *Mrs. Caldwell*, pág. 164.
[44] *Mrs. Caldwell,* pág. 39.
[45] *Mrs. Caldwell,* pág. 114.
[46] *Mrs. Caldwell,* pág. 19.
[47] Ibid.
[48] *Mrs. Caldwell*, pág. 21.
[49] *Mrs. Caldwell,* pág. 157.

BOLETÍN AEPE Nº 38-39. Sara M. SANZ. El discurso femenino en Camilo José Cela
Centro Virtual Cervantes

ni Eliacim siquiera es hijo del difunto-, y alberga deseos inconfesables hacia su único hijo que salen a la luz con su progresiva demencia. Esta doble moralidad que mantiene una fachada de conformismo social al mismo tiempo que esconde una degeneración moral, no exclusivamente sexual, es uno de los temas de fondo de *La colmena.*

Hay un abismo entre lo que es Mrs. Caldwell y lo que aparenta. Quizás por eso le entran ganas a veces de sacudirse la máscara e incluso adoptar una forma de hablar diametralmente opuesta a la que es permisible para una mujer: "si supiera hablar bien el argot", dice, "nadie sería capaz de escucharme una sola palabra fuera de él. Si pudiera encanallar mi lengua, jamás la volvería a mover para la virtud." [50] Esto lo dice una mujer que reconoce el sexismo existente hasta en las bebidas y las comidas: "El ron es una bebida muy de hombres" [51] o, "¡Ay, hijo mío, qué ignorancia la de los hombres ante la sopa!." [52]

Kristeva, en su artículo, "El tiempo de las mujeres", sugiere que si hay diferencias entre el lenguaje de las mujeres y el de los hombres, éstas se deben probablemente más a razones de marginación social que a razones de sexo.[53] Mrs. Caldwell implícitamente reconoce esta marginación y en ocasiones se le escapa su deseo de ser hombre. Se imagina acompañando a Eliacim en su barco: "Me pondría unos pantalones de hombre, para manejarme con mayor soltura" [54] y menciona que su marido tenía dos sombreros de copa que no se ponía y, "Es una verdadera lástima que las mujeres no podamos usar sombreros de copa, como los lores." [55] Mujer insatisfecha sexualmente -su marido, nos cuenta en una ocasión, tenía fimosis- es consciente que su buena educación no ha incluido nada que le preparara para una vida de casada feliz con pleno disfrute sexual: "Aún no ha tomado auge bastante, Eliacim, la educación prematrimonial de la mujer. Pero debemos pensar que esta laguna se subsanará algún día, quizá ya no lejano." [56]

Mrs. Caldwell habla con su hijo es una novela no del todo satisfactoria pero no por eso menos interesante. En general Cela resuelve con éxito el discurso femenino de Mrs. Caldwell, aunque de vez en cuando se entromete el autor excesivamente: "son tristes, hijo mío," pone en boca de Mrs. Caldwell pero no de forma muy convincente, "muy tristes, las amanecidas sobre la ciudad, los instantes en que la vieja y flaca ciudad se desviste de su camisón para mostrarnos sus carnes llenas de cicatrices, sus carnes aradas por la cirugía como los vientres de las madres difíciles." [57] Cela utiliza los estereotipos lingüísticos en Mrs. Caldwell con gran efecto: el diminutivo, las frases hechas, el léxico del hogar, etc., pero para crear un personaje que no es del todo un estereotipo aunque tiene ciertos elementos. Mrs. Caldwell es la madre posesiva y dominante que ahoga al hijo con su amor sofocante antes de que se acabe ahogando físicamente en el mar Egeo. Desgraciada en el matrimonio, Mrs. Caldwell centra en el hijo todo el amor que debe dirigir hacia su pareja. Aunque inglesa, nos parece que Mrs. Caldwell tiene más de estereotipo de madre latina en cuya cultura el culto a la Virgen Madre, que ha fomentado el aprecio tal vez exagerado de la maternidad, junto con una emancipación más tardía de los hijos, ha dado lugar con más facilidad a este tipo de madre. Mrs. Caldwell, en cierta manera, no deja de ser la Mater Dolorosa que llora ante el cadáver del hijo único.

En la creación de Mrs. Caldwell quizás Cela esté respondiendo a dos de las tres razones que alega Barracano Schmidt como propulsoras del estereotipo: por un lado Mrs. Caldwell encierra algunos va-

---

[50] *Mrs. Caldwell,* pág. 64.

[51] *Mrs. Caldwell,* pág. 29.

[52] *Mrs. Caldwell,* pág. 46.

[53] Véase Julia KRISTEVA, "Women's Time", *The Kristeva Reader,* pág. 200.

[54] *Mrs. Caldwell,* pág. 95.

[55] *Mrs. Caldwell,* pág. 101.

[56] *Mrs. Caldwell,* pág. 91.

[57] *Mrs. Caldwell,* pág. 210.

BOLETÍN AEPE Nº 38-39. Sara M. SANZ. El discurso femenino en Camilo José Cela
Centro Virtual Cervantes

lores, respetados en la sociedad española de la época (la década de los cincuenta): la maternidad sacrificada, el amor total hacia el hijo (aunque en este caso perverso), la dedicación al hogar, y los buenos modales. También puede ser que se esté inspirando en un modelo común. Mrs. Caldwell tenía marido, pero por el poco caso que le hacía, bien podría no tenerlo. Después de la Guerra Civil legiones de madres sin marido se vieron en la necesidad de sacar adelante solas a sus hijos y tal vez Cela reflexionara sobre este hecho que, indudablemente, hace más verosímil que la madre se vuelque por completo en el hijo varón que sustituye al padre.

Otra novela de Cela poblada de personajes femeninos y que valdría la pena examinar con detalle en otra ocasión es *Mazurca para dos muertos.* Resulta preocupante que todas las mujeres en *Mazurca* se vean a sí mismas siempre en relación con algún hombre y en condición claramente inferior. Cela, por supuesto, aunque publicó la obra al principio de la década de los ochenta, escribía sobre la mujer gallega rural inmediatamente antes de estallar la Guerra Civil y, por lo tanto, reflejaba, se supone, una realidad social. La mayoría de las mujeres que retrata son de baja extracción social y ven su sumisión al hombre y su inferioridad frente a él como cosa natural. Chelo Domínguez, por ejemplo, "es la envidia del hembraje del país" por ser la mujer de Roque, cuyo miembro viril es de tal tamaño que vienen visitantes de fuera para verlo, y, cosa importante, es la madre de seis hijos varones. Como mujer, ella acepta como natural la sobrevaloración de los hijos varones, que aportan más manos para labrar la tierra, frente a las hijas.

Dolores, sirvienta del cura Merexildo, es otra mujer que ve como la cosa más natural del mundo su evidente inferioridad frente al hombre, en este caso su amo. Manca y fea, Dolores le profesa a don Merexildo una obediencia ciega estando dispuesta incluso a comer las manzanas podridas que él rechaza y le manda comer.[58] La denigración de esta mujer, que Cela cuenta en tono jocoso, es absoluta y repugnante.

Si Cela presenta a Mrs. Caldwell como mujer reprimida, a pesar de sus relaciones adúlteras, las mujeres de *Mazurca* disfrutan de una libertad sexual apabullante y, por ello, teniendo en cuenta la época, poco convincente. Dentro de esta libertad, sin embargo, se guardan ciertas formas e incluso convenciones lingüísticas. Benicia, por ejemplo, mantiene relaciones con el cura Ceferino pero incluso en medio del coito le trata de Ud.[59] Fina, sin embargo, que se acuesta con el cura don Celestino, se tiende a olvidar la buena educación en medio del placer y le tutea, agregando invectivas, pero en seguida se da cuenta y se disculpa: "¡Pero qué cachonda me pones, cabrón... ! Dispense, don Celestino, que Dios me perdone, es que me quita el aliento." Con una técnica que podríamos llamar quevedesca, Cela utiliza lo grotesco para insinuar crítica social: Fina se disculpa por la forma de hablar que no es propia para utilizar con un sacerdote, al mismo tiempo que mantiene una relación totalmente inmoral con él y prohibida por su condición de cura.

Las mujeres de *Mazurca* parecen todas dominadas por un apetito sexual desenfrenado que les lleva a engañar continuamente a sus maridos, como Marica Rubeiras, Concha da Cona, o Choniña la Dulce, a veces mientras conviven con ellos y otras veces escapándose con otro, como la mujer de Atanasio que se fuga con un moro. Las que no tienen marido, se entregan igualmente en orgías continuas como Benicia, que reparte sus favores entre el cura, el narrador, y otros. La visión que se ofrece de la mujer es que depende por completo del hombre y existe sobre todo para darle placer a éste. Benicia, por ejemplo, es un ser casi totalmente deshumanizado y así lo transmite Cela a través de sus

---

[58] " Dolores.

-Mande, don Merexildo.

-Estas manzanas están podres, cómelas tú.

-Si, señor.

-¡Y otra vez que me saques las manzanas podres, te las he de meter por el culo!

-Sí, señor". *Mazurca,* pág. 55.

[59] "- Apriete, don Ceferino! ¡No se retire! ¡Ay, ay!" *Mazurca,* pág. 60.

BOLETÍN AEPE Nº 38-39. Sara M. SANZ. El discurso femenino en Camilo José Cela

Centro Virtual Cervantes

imágenes: "Benicia es como una cerda obediente, jamás dice que no a nada", o , "Benicia es una máquina de dar calor y compañía", o "Benicia es una herramienta inventada para gozar pero también para hacer gozar." [60]

Parece que no hay mayor degradación de la mujer que ésta y sin embargo Cela nos da unas pinceladas que son más escalofriantes aún. Sugiere en varias ocasiones que si el instinto sexual no encuentra una salida natural en una relación plena entre hombre y mujer, dará lugar a la perversidad. "Todas las mujeres", dice Adega, "hemos hecho las marranadas alguna vez con un perro, eso es costumbre, cuando se es joven vale todo, o con un inocente, si es baboso, mejor, cuando se tiene a mano y no hace demasiado frío ni se echa a llorar." [61] A continuación dice que los hombres también cometen bestialidades, pero lo cierto es que se destaca más las de la mujer. Rosicler, por otro lado, utiliza el mono tísico de la señorita Ramona con fines sexuales y se da a entender que en ocasiones el perrito Wilde le sirve a Ramona igualmente para este fin.[62]

Aparte de la relación entre mujer y animal, Cela llama la atención sobre diversas relaciones perversas entre seres humanos. La tía Micaela, por ejemplo, mantenía una relación incestuosa con su sobrino Moncho,[63] y tanto Rosicler como las hermanas Georgina y Adela tienen una relación lesbiana con la señorita Ramona. Esta, la más educada de todas las mujeres que presenta Cela en la novela, no por eso vive menos a la merced de su instinto sexual y justifica sus relaciones lesbianas con su primo Raimundo diciendo, "Las mujeres estamos más solas que los hombres, por eso hay más tortilleras que maricas." [64]

Cuando estalla la Guerra Civil, Raimundo tiene una visión de lo que va a ser España en el futuro e imagina la represión que viene. Entre otras cosas piensa en la influencia de la iglesia ("se declara obligatorio el culto a la Virgen en las escuelas) (el saludo romano deberá acompañarse diciendo: ¡Ave María!)" [65], la abolición del divorcio, del matrimonio civil, y, especialmente la imposición de la censura con "la destrucción de libros pornográficos." Da a entender que se desmorona la sociedad tal y como la conocen y que lo que viene va a recortar severamente la libertad de la que gozan en la actualidad.

No obstante la visión que ofrece Cela de la mujer antes de la guerra es tan esperpéntica que hace pensar que casi cualquier cosa que viniera después tendría que traer mejoras. Las relaciones entre hombre y mujer que presenta son grotescas y reducidas casi siempre a la conveniencia. Las mujeres, sobre todo, son objetos que los hombres utilizan y tiran cuando quieren. Alguna vez aparece alguna mujer que se sirve igualmente del hombre, como la viuda doña Rita, que mantiene una relación ilícita con su director espiritual y consigue que se vaya a vivir con ella, pero incluso aquí la relación se reduce a un burdo trato comercial ya que el presbítero cuelga los hábitos a cambio de dinero. Únicamente entre Raimundo y su prima Ramona se percibe algo de cariño, pero incluso en este caso es muy limitado. Ella se consuela con su perro y sus amigas cuando él no está, y él frecuenta los prostíbulos entre

---

[60] *Mazurca*, págs. 28, 64 y 93.

[61] *Mazurca*, pág. 22.

[62] "Si piensas que soy una golfa te equivocas, Raimundino, el perro me da tanto gusto como tú, por lo menos, pero a ti te quiero más, ¡pobre Wilde!" *Mazurca*, pág. 109.

[63] "A tía Micaela, ya sabe, la madre de mis primas, también le gustaba el roce, yo le estoy muy agradecido, cuando era pequeño me dejaba que le metiese la mano por el escote y que la palpara sobos y le hiciera cosquillas por los muslos, pero sin quitarse las bragas, tía Micaela no se dejaba quitar las bragas, en eso era muy supersticiosa." *Mazurca*, pág. 85.

[64] *Mazurca*, pág. 109.

[65] *Mazurca*, pág. 199.

BOLETÍN AEPE Nº 38-39. Sara M. SANZ. El discurso femenino en Camilo José Cela

Centro Virtual Cervantes

visita y visita. En una entrevista reciente con Francisco Umbral, Cela confesó que su generación era muy "putanera" y que las putas eran para ellos una especie de psicoanalista.[66] No resulta extraño, pues, que la prostituta sea uno de sus personajes favoritos en novelas tales como *Mazurca* o *La colmena.*

Nos parece que, en general, la mujer, tal como la presenta Cela en las obras que hemos considerado, y salvando algunos casos como doña Rosa de *La colmena,* es un ser marginado, reprimido, y sujeto sobre todo a la voluntad del hombre. Indudablemente, teniendo en cuenta o bien la fecha en que escribía o la época en la que sitúa su obra, Cela representaba la realidad social de la mujer tanto en la sociedad española urbana como en la rural, aunque, evidentemente, exagerando ciertas características. A pesar de esto, pensamos que muchos de sus personajes femeninos son efectivamente estereotipos y desdibujados. Cela logra en muchas ocasiones transmitir el discurso lingüístico de la mujer pero su visión del mundo, incluso expresada en voz de mujer, es indefectiblemente masculina. Su representación de la mujer en *Mazurca para dos muertos* es especialmente repugnante. Aunque puede argumentarse que presenta la sociedad y las relaciones humanas de esta forma grotesca y jocosa para destacar lo que hay que cambiar, no deja de transmitir la impresión de que está gastando demasiadas bromas burdas a expensas de la mujer y para deleitar a cierto tipo de lector masculino.

Los censores encargados de revisar los casos de pornografía en los Estados Unidos, según Cheril Register, buscan algún valor social que redima a esas obras. Ella hace una pregunta, sin embargo, que bien podría hacerse de *Mazurca*, ¿es posible encontrar valor literario que redima a obras que son socialmente repugnantes? [67]. Es una pregunta con respuesta difícil.

---

[66] Comentamos este artículo, publicado en *El País*, en nuestro citado estudio sobre *Mazurca.*

[67] CHERIL REGISTER, en *American Feminist Literary criticism*, comenta la actitud de varias críticas feministas hacia este problema que está sin resolver.

BOLETÍN AEPE Nº 38-39. Sara M. SANZ. El discurso femenino en Camilo José Cela

Centro Virtual Cervantes